

El arte de construir narrativas tácitas. Del búnker al ovni pasando por un Travi.

Jorge Blasco Gallardo

Si tuviéramos que trazar las diferentes líneas, o un mapa mental, tan de moda ahora, que componen un recorrido por la obra que nos ocupa, lo cierto es que sería un continuo entrelazar de estrategias de artista, de sensibilidad personal, de reflexión conceptual, de paranoia, de historia, de ciencia ficción, de recuerdos de infancia, etc. que acabarían componiendo un delicado dibujo, una suerte de encefalograma donde los picos se redondean y las líneas, lejos de ir paralelas, se encuentran y desencuentran.

Lo que hace acertada esta obra, para empezar, es como se la denomina: Archivo. Siendo como es un archivo imperfecto pues de todas las actividades que comprenden el verbo archivar sólo atiende a algunas. Con acierto, eso sí.

Los documentos y objetos son ítems producidos o incorporados al archivo por la artista en el “ejercicio de sus funciones”, las de artista que recoge, dibuja, fotografía, etc.

Es de suponer que los documentos no están descritos, ni existe un cuadro de clasificación para ellos (que en sí mismo sería una obra dadas las características de ese entramado de líneas argumentales o poéticas).

Siguiendo con las condiciones que no cumple (según la ciencia archivística), al carecer de herramientas de recuperación el público no puede navegar libre por una “objetividad” para encontrar información.

Pero el archivo, las partes que faltan, se hallan más allá, en lo imaginado, en la posibilidad de un todo inacabable, en la posibilidad del público de rellenar esos huecos que faltan y, a la vez, aprender de como se gestiona información a partir de una subjetividad basada en la creación de una obra de arte y unas ciertas narrativas.

Así pues, curiosamente, la obra tiene de archivo su principio y su fin: la recogida y producción de ítems y la decisión de exponerlos de una cierta manera. Todo lo demás, está por hacer dejando un hueco imprevisible para el público de este trabajo.

En cuanto a las líneas: hay una fina línea plástica, rítmica, que une ítems que aunque a veces no tienen que ver en una lógica positivista, se unen en su plástica sin que extrañe su presencia. Se trata de un archivo expuesto de formas y gráficas que como una partitura musical “suenan” a nuestros ojos. Un búnker que resulta platillo, una maquetita de porcelana de un submarino, un cochecito *travi*, diferente material gráfico que parece referirse a una misteriosa melodía de espías y que culmina en la vitrina con un cúmulo de bolas que también tienen su lugar en esta pieza de cámara. Todo lo que no tiene que ver se une gracias a que la gestora del archivo así lo ha colocado en su exposición, el resto del material, no sabemos dónde está, si es que está en algún sitio.

En el archivo imperfecto, su mayor virtud, hay muchas líneas por descubrir, algunas tan evidentes como decidir como soporte la exhibición en vitrinas “al modo de los archivos”, toda una tradición.

Documentos históricos, propagandísticos, procedentes de genocidios, joyas, monedas, colecciones de todo tipo han estado contenidas en vitrinas, pero aquí la vitrina es parte de una de esas líneas, ella sola, protagonista, a la manera de los archivos, utilizada como soporte se hibrida con lo contenido y participa de esa partitura plástica donde todo encaja, a pesar de que no debería estar junto.

Es importante distinguir las obras “de archivo” que usan las vitrinas como un soporte más para exponerse y aquellas donde la vitrina dibuja una de las líneas principales de la obra y es parte inseparable de ella.

Este es un punto clave que ha hecho de eso que se ha llamado “arte de archivo” (un nuevo género) uno de los principales vanalizadores del Archivo y de los archivos como instrumentos democráticos y a la vez dispositivos creativos. La recurrencia a la vitrina o la sucesión de vitrinas sin que su papel no fuera otro que la mera protección del documento ha convertido en banal la gran posibilidad de entender el Archivo y los archivos y con ellos nuestra realidad. La vitrina se ha convertido en un elemento estándar que contiene obras “documentales”, es decir, con aspecto de documentos, que en su día fueron hechos para ser tocados y hoy se fosilizan en exposición. Evidentemente, la conservación obliga a proteger, pero la vitrina, esa castradora, siempre la misma, siempre presente sin más relación que la instrumental, contener, no puede dejar de ser arisca, simplificadora aplicada como mero contenedor.

Precisamente la vitrina, un elemento casi escultórico de este archivo imperfecto que aquí se trata, se integra como un elemento más, como un camino y, a la vez, inserta en el montaje siglos de códigos que la vitrina representa.

*

Hay un ritmo en la presentación de los documentos, un ritmo que se podría seguir sin pretender más. Hay unas relaciones plásticas entre documentos e ítems que marcan otro hilo conductor ¿Pero que documentos son esos que crean esa partitura posible, ese sonido “de archivo”?

No es lugar para desvelar los misterios de un archivo que de por sí tiene todas las resonancias de una trama de espías. Pero entre lo que llamamos documentos se encuentran obras “en el sentido clásico”, piezas escondidas a pesar de su evidencia. En el muro, junto a la vitrina, donde se despliega todo un torrente de ideas, grafías, documentación varia (de nuevo a modo de un archivo recogido y después expuesto)

también encuentran lugar obras que en el proceso de creación del archivo imperfecto han sido devoradas por él, puesto que en el fondo a él pertenecen, aunque su forma de aparecer en este mundo sea más tradicional.

Lo habitual es que el artista tenga su archivo y exponga su obra. Curioso, en plena era de la información hay todo unos rastros del hacer que no son relevantes. Se archiva por un lado, se lleva a la colección por otro pensado la “obra como centro” y todo lo que la hace posible como periferia. Y sin embargo sin lo uno no existiría la otra. Es más, habitualmente no vemos más que el cadáver de una práctica artística de gran interés porque los museos, en su mayoría, siguen sin resolver ese problema entre el archivo y la colección y siguen haciendo más grande la distancia y con ella su decadencia frente a modelos culturales que serán el futuro y que están efervescentes.

El archivo es la argamasa de nuestra época, en cualquiera de sus versiones. Hay que reivindicar el término ahora que los que lo pusieron de moda lo van dejando de lado después de haber banalizado totalmente las posibilidades que su “protagonismo” cultural daba como modo de reflexión y como forma de entender la mentalidades, a parte de afianzar la forma de democracia que ahora vivimos. Los archivos están en todas partes, miren a su alrededor y a su conexión a internet.

Para finalizar, hay que volver a las diferentes líneas que el archivo que nos ocupa dibuja, no para enumerarlas de nuevo, más bien para acentuar e insistir sobre el hecho de que si bien todo archivo esconde narrativas tácitas, la autora, ha sabido crearlas, modelarlas, incluso en ausencia de un archivo como tal, con un archivo maravillosamente imperfecto.